

LOS INDIOS EN *LOS RECUERDOS DEL PORVENIR*, DE
ELENA GARRO: EL DISCURSO AUSENTE O
EL SILENCIO SIGNIFICANTE

Margarita León*

La mirada del colonizador ignora la ancestral mirada del indio para ver y entender esta tierra, como ignora su experiencia y su memoria.¹

A. *La novela: ausencia del indio*

Ubicada en los años posteriores a la Revolución Mexicana en la primera parte, y en la segunda durante la Guerra Cristera en México, la novela *Los recuerdos del porvenir*² de Elena Garro es, entre otras cosas, la narración de la vida de un pueblo y de sus habitantes, Ixtepec: su origen y su desenvolvimiento a través del tiempo y a la luz de grandes eventos históricos que han transformado la vida nacional. Pero, también, la novela es el relato de los avatares de grupos e individuos que han permanecido secularmente marginados de los grandes procesos de cambio tanto en lo económico, como en lo político, social y cultural.

Tetela estaba en la Sierra a sólo cuatro horas de caballo de Ixtepec y sin embargo la distancia en el tiempo era enorme. Tetela pertene-

* Instituto de Investigaciones Filológicas. Selección de Tesis de Maestría: "*Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro: la experiencia del tiempo y del espacio a través de la memoria" (1994).

¹ Guillermo Bonfil Batalla, *México Profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo/Conaculta (Col. Los Noventa), 1989, p. 30.

² Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*, México, Joaquín Mortiz (Col. Novelistas Contemporáneos), 1963.

cía al pasado, estaba abandonada. De ella sólo quedaba el prestigio dorado de su nombre vibrando en la memoria como una sonaja y algunos palacios incendiados (p. 24).

En Ixtepec, como en muchas partes del territorio mexicano y desde la Conquista, se ha ido desarrollando un proceso de *desindianización* que ha permitido al ciudadano medio de las ciudades ver en la realidad indígena algo remoto, un mundo extravagante, al cual no reconoce como propio pues nada tiene que ver con su vida cotidiana y sus valores. Según la novela, este fenómeno tiene una larga historia, pero se agravó como consecuencia de la Revolución y de la lucha por lograr un “proyecto nacional”, pues a nombre de éste, se negaba en la realidad la civilización mesoamericana, aunque en el discurso oficial se le exaltara:³

Durante la Revolución los dueños de los minerales desaparecieron y los habitantes pobríssimos desertaron las bocas de las minas. Quedaron unas cuantas familias dedicadas a la alfarería. Los sábados muy temprano las veíamos llegar descalzas y desganadas a vender sus jarros en el mercado de Ixtepec. El camino que cruzaba la Sierra para llegar al mineral atravesaba “cuadrillas” de campesinos devorados por el hambre y las fiebres malignas. Casi todos ellos se habían unido a la rebelión zapatista y después de unos breves años de lucha habían vuelto diezmados e igualmente pobres a ocupar su lugar en el pasado. (pp. 24-25).

³ En palabras de Bonfil Batalla, “es un proyecto sustitutivo que no se propone el desarrollo de la cultura real de las mayorías, sino su desaparición, como único camino para que se generalice la cultura del México imaginario. Es un proyecto en el que se afirma ideológicamente el mestizaje, pero que en la realidad se afilia totalmente a una sola de las vertientes de civilización: la occidental. Lo indio queda como un pasado expropiado a los indios, que se asume como patrimonio común de todos los mexicanos, aunque esa adopción no tenga ningún contenido por lo que hicieron ‘nuestros antepasados’. De las culturas indias de hoy, pasado el fervor nacionalista de las primeras décadas, queda una visión folclórica y una sensación multiforme de malestar por cuanto significa de atraso y pobreza y, sobre todo, por la percepción no admitida de que ahí, en el México profundo, se niega cotidianamente al México imaginario, *ibidem*, pp. 185-186.

La asunción de tal proyecto está en la base del comportamiento de los ixtepecanos, pues en su mente y en su ánimo, los indios ausentes del panorama social de Ixtepec, aparecen como una fuerza amenazadora que, agazapada, espera turno para tomar revancha social. Así, los indios, doblemente marginados y borrados del espacio público de Ixtepec –paradójicamente– son, para estos mestizos y criollos conservadores, una realidad tenaz, permanente, intensa.

B. *Cultura y valor: el tiempo*

En la novela se alude a la experiencia espacial y temporal del indio en contraposición con la del mestizo para quien la repetición de situaciones del pasado implica no sólo una falta de evolución sino un franco retroceso.

El indio Félix, criado de los Moncada, es una especie de guardián del tiempo, pero de un tiempo que no se mide con las manecillas, ni con el pausado y exacto “tic-tac” del reloj que cuelga de la pared, sino que se mide por el ritmo de las vivencias, las sensaciones y los deseos. Félix es el único que puede detener el tiempo exterior para que sea otra dimensión temporal la que predomine. En esa nueva dimensión, en la que coexisten el pasado, es en un presente y en un futuro sin conflicto alguno donde el melancólico Martín Moncada busca instalarse. Es un tiempo que se ensancha, que se vive de otra manera, es el tiempo del hombre religioso, léase ‘del indio’. Es un tiempo sagrado, un tiempo de continua renovación y evolución, del cual parecen haberse exiliado los ladinos de Ixtepec. La lucha entre esta experiencia del tiempo dinámico y la experiencia del tiempo congelado, muerto, que en momentos de gran angustia experimenta Martín, es lo que definirá la interpretación que los personajes –incluyendo el narrador– hacen del drama del pueblo y de su propio drama personal.

– Son las nueve –respondió Félix desde su rincón; obedeciendo a una vieja costumbre de la casa, se levantó de su escabel, se dirigió al reloj, abrió la puertecilla de vidrio y desprendió el péndulo. El reloj quedó mudo. Félix colocó la pieza de bronce sobre el escritorio de su amo y volvió a ocupar su sitio.

– Ya por hoy no nos vas a corretear –comentó Martín mirando las manecillas inmóviles sobre la carátula de porcelana blanca.

Sin el tic-tac, la habitación y sus ocupantes entraron en un tiempo nuevo y melancólico donde los gestos y las voces se movían en el pasado. Doña Ana, su marido, los jóvenes y Félix se convirtieron en recuerdos de ellos mismos, sin futuro, perdidos en una luz amarilla e individual que los separaba de la realidad para volverlos sólo personajes de la memoria. Así los veo ahora, cada uno inclinado sobre su círculo de luz, atareados en el olvido, fuera de ellos mismos y de la pesadumbre que por las noches caía sobre mí cuando las casas cerraban sus persianas (p. 19).

La cosmovisión indígena siempre está presente, aunque no se reconozca, ya sea como un leve eco que reproduce la onda original, ya sea que se presente como aquello contra lo que se actúa o se quiere actuar. La preocupación por las fechas y por el calendario que mostraban los indios, la exacta medición de los ciclos y los fenómenos naturales y cósmicos de las sociedades indias, rurales, contrasta con esa pérdida de la cuenta, con el desorden temporal que invade a los mestizos de Ixtepec cuando tratan de recordar los acontecimientos del pasado. Para ellos, las fechas importantes, los lapsos de tiempo, que marcan el origen de su comunidad, y el origen de sus dioses, parecen haber sido desvanecidos por la experiencia actual. Los mestizos no tienen la estrecha relación que los indios guardan con la naturaleza, están desarraigados de la tierra y de la agricultura.

Ahora bien, la novela intenta ver a lo indígena sin el paternalismo tradicional del narrador o cronista mestizo, intenta verlo a distancia y bajo la lente de una feroz ironía. Ejemplo de ello es el cuento que aparece en la primera parte donde se evidencian la crueldad y la sinrazón del maltrato a los indios a través del martirologio del indio Sebastián quien, castigado injustamente,

tamente, sirve para exhibir la doble moral de los ixtepecanos. La actitud pietista y cristiana a la vez que cruel y autoritaria de don Justino, el patrón, es expresión viva de cómo se ejerce el poder patriarcal en una sociedad como la mexicana, que se vanagloria de haber emprendido ya el camino de una “modernidad” que ha dejado muy atrás las formas arcaicas de organización social y de pensamiento.

—Las criadas me dijeron que esta mañana había tres pobres indios colgados de los mangos —replicó la señora Montúfar dando sorbitos a su refresco de agua de jamaica.

—¡Cuánto pecado!

El nombre del indio Sebastián flotó en la memoria de Isabel.

“Nunca digan mentiras si no quieren que les pase lo que le pasó al indio Sebastián”, les había dicho Dorotea en una de las tardes de su infancia.

—¿Qué le pasó a Sebastián? —preguntaron ellos asustados.

—Sebastián era el capataz de los Montúfar. Era muy bueno, hasta que un día se robó el dinero de la caja de raya. Don Justino lo mandó llamar.

—Mira, Sebastián, devuélveme el dinero —dijo el señor.

—Yo no agarré nada, patrón.

“Sebastián era como cualquier indio: terco y mentiroso. Don Justino, que era recto e implacable, se disgustó.

—Mira, Sebastián, has trabajado conmigo muchos años y siempre gozaste de mi confianza. Dime dónde escondiste el dinero.

—Yo no agarré nada, patrón— volvió a contestar el indio.

—Te doy cinco minutos para que reflexiones. ¿No sabes que si es un pecado robar, es más pecado mentir?

—Pero si yo no agarré nada, patrón.

“Y don Justino ante la terquedad de Sebastián, lo mandó azotar hasta que confesara. Al día siguiente era el santo de Elvira y fuimos a felicitarla. ¿Y qué vimos al llegar a su casa? A Elvira, sin saber qué hacer, pues los criados se le habían fugado por la muerte de Sebastián. ¡Miren nada más a este indio terco cómo quedó! Y nos llevó al corral para que viéramos el cuerpo de Sebastián tirado entre las piedras, esperando la llegada de sus familiares para darle sepultura.”

—¡Pobre Sebastián! —habían gritado los niños asustados con la historia de Dorotea.

—¿Ven a dónde conduce la mentira? A colmar la paciencia de los justos.

El reiterado silencio de los indios en *Los recuerdos del porvenir*, su pasividad y marginación, pero fundamentalmente su reconocida permanencia, alimenta todavía más la idea, en los mestizos, de que el tiempo es inexistente, de que nada se mueve para algún lado, de que no hay sino la experiencia continua y repetida de lo cíclico, de lo mítico.

La situación transhistórica del indio, refuerza la idea de que el espacio es muy estrecho y de que, como perciben los pobladores, y como sucede con la propia ubicación geográfica y la naturaleza física de Ixtepec, que está en “un valle seco poblado de coyotes”, se trata de un espacio cerrado sobre sí mismo, enfatizando la idea de cerco, e intensificando la experiencia de la opresión, a pesar de que la gran extensión de tierras (aunque desérticas) rodea al pueblo.

La angustia, producto del vivir bajo la ley de la inercia social (nada se mueve porque las actividades económicas, políticas y sociales están casi paralizadas como efecto de las continuas guerras y de la ocupación militar), hace crecer hasta límites insostenibles la idea de que ningún acto tiene sentido, sobre todo en el caso de los indios, cuyo modo de vida y sus terribles sufrimientos parecen no tener remedio.

Estaban descalzos y sus pies, rajados por el continuo andar sobre las piedras, tristes y olvidados de la suerte. De buena gana se hubieran ido de la casa de doña Lola Goríbar, pero el hambre que sufrían en el campo los obligaba a seguir en su cocina (p. 82).

En tanto objetos, los indios y las mujeres son la imagen que ese espacio les construye, son producto de lo que les rodea. El espacio los modifica, los absorbe. La decadencia generalizada de la región ixtepecana causada por el agotamiento de las minas y luego por los hechos revolucionarios, los ha convertido en una especie de fantasmas.

C. El “efecto indio”

En el discurso general de *Los recuerdos del porvenir*, la situación desventajosa del indio podría haberse quedado como un lugar común, tradicionalmente literario y convencional. Sin embargo, la analogía que se establece con la situación de otros grupos e individuos en Ixtepec, hace que esta constante alusión a los indios como un grupo extremadamente marginal, sea por excelencia el modelo de la ignominia que cobija a todos los oprimidos y marginados:

Para romper los días petrificados sólo quedaba el espejismo ineficaz de la violencia, y la crueldad se ejercía con furor sobre las mujeres, los perros callejeros y los indios (p. 63).

La presencia de los indios les restrega en la cara su condición de “advenedizos” no sólo en la región, sino en la propia historia cultural de México. Los mestizos no sólo se niegan a reconocer su herencia indígena, sino que además se avergüenzan de ella (“¡Ah, si pudiéramos exterminar a todos los indios! ¡Son la vergüenza de México!”). No tienen identidad propia, ni valores que los identifiquen (“...se sentían sin país y sin cultura, sosteniéndose en unas formas artificiales, alimentadas sólo por el dinero mal habido”). Por ello sienten miedo de todo lo que les rodea, del campo y de los indios que en él siempre han vivido (“...se sentían en una tierra hostil, rodeados de fantasmas”). Se trata de un campo y de unos indios que son –como consecuencia de su propia voracidad y de su violencia– “imagen de su pillaje” (p. 25). Los mestizos frente a los indios, sin embargo, viven en una miseria mayor, miseria de carácter cultural, pobreza de identidad.

El panorama social y cultural que describe la novela es el de la Colonia en donde prevalece un sistema de dominación que se ha arraigado profundamente en todos los ámbitos de la vida de los indios. La permanencia de la servidumbre indígena no es una cuestión de retórica, sino una realidad palpable. Y es

que traspasando las épocas y sin desconocer el profundo mestizaje de nuestra cultura actual, en muchos pueblos indios, la dominación colonialista, de una manera a veces sutil, ha constreñido su cultura propia, ha impuesto rasgos ajenos, ha despojado a esos pueblos de recursos y elementos culturales que forman parte de su patrimonio histórico, y aunque ha provocado también formas muy variadas de resistencia indígena, ha intentado –por todos los caminos– asegurar la sujeción del colonizado, más efectiva cuanto más se convenza éste de su propia inferioridad frente al colonizador.⁴

Por otra parte, hay en la obra de Garro una crítica evidente a ese capitalismo salvaje que es también una forma de esclavitud, pues despoja a los hombres de sus bienes materiales y espirituales, los despoja de todo valor ético, los desnaturaliza y los deshumaniza, convirtiéndolos en guiñapos, en sombras sin rostro y sin voz. El capitalismo y la llamada “modernidad” se convierten en un arma efectiva para acabar con las formas indígenas de entender y de vivir en el mundo, y lo peor de todo, para exterminar a los indios de carne y hueso.

En *Los recuerdos del porvenir*, se pone énfasis en la experiencia común de marginalidad y extemporaneidad de quienes viven en el pequeño pueblo de Ixtepec, de quienes, por una causa o por otra y sin distinción de sexo y clase social, son “los vencidos de la historia”. Dicho de otra manera, los personajes en esta y otras novelas de Garro, son los protagonistas de la historia sin mayúscula, los actores de una *microhistoria* (como la entiende Luis González),⁵ en donde dominan la pequeñez y la insignificancia.

Desde esta perspectiva, el estrato social más bajo de la vida ixtepecana, como ocurre durante la Colonia, lo ocupan los indios, casi en total extinción, no obstante que la región es tradicionalmente indígena:

⁴ *Ibidem*, p. 49.

⁵ Luis González, *Pueblo en vilo. (Microhistoria de San José de Gracia)*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 3-4.

Mi gente es morena de piel. Viste manta blanca y calza huaraches. Se adorna con collares de oro o se ata al cuello un pañuelito de seda rosa. Se mueve despacio, habla poco y contempla el cielo. En las tardes, al caer el sol, canta.

Los sábados el atrio de la iglesia, sembrado de almendros, se llena de compradores y mercaderes. Brillan al sol los refrescos pintados, las cintas de colores y las telas rosas y azules. El aire se impregna de vapores de fritangas, de sacos de carbón oloroso todavía a madera, de bocas babeando alcohol y de majadas de burros. Por las noches estallaban los cohetes y las riñas; relucen los machetes junto a las pilas de maíz y los mecheros de petróleo. Los lunes, muy de mañana, se retiran los ruidosos invasores dejándome algunos muertos que el Ayuntamiento recoge. Y esto pasa desde que yo tengo memoria (p. 10).

Los indios ocupan el espacio público sólo cuando hay mercado o fiesta en el pueblo. Viven refugiados en las bocas de las minas, arrinconados en las cocinas de las casonas porfiristas donde llevan todavía una vida de siervos. Los indios torturados y mutilados, sus cuerpos pudriéndose al aire, “aparecen colgados”, en las Trancas de Cocula “por abigeos”, cuando en realidad son ellos quienes han sido permanentemente despojados de sus tierras, de sus animales y de sus vidas. Es en este ámbito sórdido descrito con fidelidad en la novela donde se desarrolla la relación entre el llamado “México Profundo” y el “México Imaginario”, de la que habla Bonfil Batalla:⁶

A los mestizos, el campo les producía miedo. Era su obra, la imagen de su pillaje. Habían establecido la violencia y se sentían en una tierra hostil, rodeados de fantasmas. El orden de terror establecido por ellos los había empobrecido. De ahí provenía mi deterioro. “¡Ah, si pudiéramos exterminar a todos los indios! ¡Son la vergüenza de México!” Los indios callaban. Los mestizos antes de salir de Ixtepec, se armaban de comida, medicinas, ropa y “¡Pistolas, buenas pistolas, indios cabrones!” Cuando se reunían se miraban desconfiados, se sentían sin país y sin cultura, sosteniéndose

⁶ Bonfil Batalla, *op. cit.*, p. 182.

en unas formas artificiales, alimentadas, sólo por el dinero mal habido. Por su culpa mi tiempo estaba inmóvil (p. 25).

En Ixtepec, hay un consenso en cuanto a considerar que los indios no son sujetos sociales. Se les piensa (y están en realidad) ausentes de las acciones protagónicas que ocurren a su alrededor y los afectan, sobre todo de aquellas que puedan modificar su gravosa situación: la Revolución por medio de la lucha zapatista no ha hecho sino acentuar la miseria en la que están hundidos.

Los ixtepecanos ven con desconfianza y morbo a los forasteros, y sobre todo a quienes representan para ellos el “Poder” y la “Autoridad” (los militares, ciertos caudillos). Pero, al mismo tiempo desconfían del indio, del habitante original y eterno de las tierras que ahora ellos ocupan. Para la población mestiza de Ixtepec, los indios son por naturaleza “traidores”, además de que, se puede concluir:

–Todos los indios tienen la misma cara, por eso son peligrosos (p. 25).

Los indios rara vez tienen nombre y apellido, pues son sencillamente “los indios”, o son “el indio Sebastián” o el “indio Ignacio”, o el “indio Félix”, o los “indios agraristas”. Los indios no son como el resto de la Humanidad en donde hay buenos y malos. Todos los indios son iguales, por lo tanto sus actos son previsiblemente negativos. Debido a su indiferenciación, a su falta de rostro, a su naturaleza perenne, a su comportamiento de siempre, se vuelven casi invisibles, como dice el poeta del pueblo.

Los personajes mestizos, esto es, los miembros de la “sociedad” de Ixtepec, “los Inmortales” –como irónicamente se les dice en la novela–, al igual que los indios –sean campesinos o peones de mina, o criados en una casa grande–, están también desplazados políticamente. En la situación peculiar del pueblo, los hombres sin distinción de raza y de sexo reciben órdenes, mandatos, reglas

de los militares comandados por el general Rosas, quien a su vez las recibe del centro, es decir de la Capital. Todos, sin excepción, dependen de la voluntad de “otros” –gobierno o Iglesia– cuyos objetivos se apartan de sus propios intereses. Así, cuando, en la segunda parte de la novela, se ponen en práctica las órdenes de Plutarco Elías Calles de cerrar los templos, como represalia a la rebeldía del clero, la pregunta generalizada es: “¿Qué pasa?” (p. 158) Pero con todo, los indios son los más marginados de los marginados, los que están en el último escaño de la pirámide social. Si la opinión de estos mestizos conservadores que se califica como minoría no cuenta en el concierto político nacional, en el caso de los indios ni siquiera se sabe si acaso ellos tienen una opinión, si son capaces de construir un discurso o no.

La pasividad de los mestizos y su negación de los indios y de lo indígena, es una marca que caracteriza la vida pública y privada de Ixtepec. Parece ser una manera de acallar y borrar los ecos de esta cultura originaria, y sin embargo, muy a su pesar, más allá del miedo y de los prejuicios, la presencia india se les impone a cada paso. Así, tenemos que, con la constante y obsesiva evocación de los ejércitos zapatistas –mayoritariamente indios– que actuaron en la región ixtepecana, y, en la segunda parte, con la esperada y deseada llegada al pueblo del indio cristero Abacuc, los indios adquieren relevancia pues se han quedado para siempre en la memoria. Los indios tienen mayor significación de la que se les reconoce conscientemente, pues gracias a que todavía existen, a que de algún modo sobreviven en la memoria colectiva, se puede hablar de raíces, de tiempo, de historia. No se hace la historia con la llegada de los federales comandados por el general Francisco Rosas, sino con la de las hordas de campesinos rebeldes, esto es, con la de los indios que ya existían antes y que en distintas épocas se han alzado por un pedazo de tierra; los indios que poblaron la región y fundaron el pueblo.

La presencia indígena mueve al lector a piedad y a indignación. Los indios son esos “no personajes”, esa especie de som-

bras o espectros que se suman al “ejército” de esas “No Personas”, de quienes habla Elena Garro en algunos momentos y que aparecen en casi todas sus novelas y cuentos:

Las No Personas carecen de honor, de talento, de fiabilidad, de sentimientos y de necesidades físicas. A la No Persona se le insulta, se le despoja de manuscritos, que más tarde se publican deformados en otros países y firmados por alguna Persona. Una No Persona debe aceptar que firmen y cobren las Personas por las obras que escribió la No Persona. A la No Persona se le despoja de familia, animales caseros, amigos y, sobre todo, se le niega Trabajo. Si se queja, se le considera una Perseguidora Peligrosa en el mundo democrático.⁷

Ahora bien, la notable ausencia del indio está representada en la vida social de México, como muestra la novela, por el silencio que marca la disolución de su discurso al entrar en contacto con el discurso ajeno que lo silencia o lo deforma totalmente. Sin embargo, el silencio de los indios no implica que carezcan de una conciencia activa y de un discurso propio, por más que éste nunca o casi nunca sea escuchado y tomado en cuenta. En la novela son contadas, pero significativas, las veces que oímos a los indios hablar, expresarse. En esos momentos, la elocuencia de una frase o de un gesto ponen un justo énfasis al hecho de la existencia del pensar y del sentir del indio.

La presencia constante, aunque casi siempre oblicua, colateral, de los indios en las tertulias y charlas de las rancias familias del lugar, merodea y amenaza las buenas conciencias de sus patrones que se niegan a reconocer esa otredad que es parte constitutiva de ellos mismos:

—¡Ya saben, con los indios mano dura! —recomendó Tomás Segovia a los Moncada, en una de las reuniones que se hicieron para despedir a los jóvenes. Segovia se había acostumbrado a la pedantería

⁷ “Garro” en Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Ediciones El Ermitaño/SEP (Col. Lecturas Mexicanas, 2a. serie, 48), 1986, p. 494.

de su botica y repartía consejos con la misma voz que repartía los remedios: “Ya sabe, un papelito cada dos horas”.

–¡Son tan traidores! –suspiró doña Elvira.

–Por eso son tan peligrosos –agregó sonriente Tomás Segovia.

–Antes era más fácil lidiar con ellos. Nos tenían más respeto. ¡Qué diría mi pobre padre, que en paz descansa, si viera a esta indiana sublevada, él que fue siempre tan digno! –replicó doña Elvira.

–Necesitan cuerda. Ustedes no se vayan despacio. Tengan siempre la pistola en orden –insistió Segovia.

Félix, sentado en el escabel, los escuchaba impávido. “Para nosotros los indios, es el tiempo infinito de callar”, y guardó sus palabras. Nicolás lo miró y se movió inquieto en su silla. Le avergonzaban las palabras de los amigos de su casa.

–¡No hablen así! ¡Todos somos medio indios!

–Yo no tengo nada de india! –exclamó sofocada la viuda (p. 26).

D. *Discurso racista*

En *Los recuerdos del porvenir* hay ciertamente un discurso racista, concretamente antiindígena, que se manifiesta, por una parte, en la antipatía casi generalizada y explícita de los personajes “con voz”, es decir, de los hombres y las mujeres adultas de la “Sociedad” ixtepicana. Es un discurso que se sustenta en una serie de prejuicios, evidentes en la mayoría de sus palabras y expresiones. A esto pareciera sumarse la elisión, por parte de los pueblerinos, de datos sobre la psicología de los indios, sobre la ética que anima sus actos, sobre sus emociones frente a la cruel realidad que viven. Hay una especie de sordera ante las palabras y argumentos de estos hombres en extremo marginados. Por su parte, hemos señalado ya que el indio se expresa en la novela sólo en contadas y significativas ocasiones, aunque sus palabras son proferidas desde una posición desventajosa.

Por ejemplo, el lector escucha a Ignacio, el agrarista, quien de manera valiente, respetuosa y digna enfrenta a Rodolfito Goríbar, el terrateniente: “–Mire don Rodolfo, es mejor que

deje quietas las mojoneras. Los agraristas dicen que lo van a matar” (p. 66). Este hecho le acarreará a Ignacio una muerte cruel. Está el caso del indio del cuento de Dorotea, quien siempre negó haber tomado el dinero de la caja del patrón y quien es castigado ejemplarmente, sin posibilidad de probar su inocencia. Varias veces Ignacio dice con firmeza y serenidad: “Yo no agarré nada, patrón”. Es el caso del monólogo interior de Félix, el criado de los Moncada citado anteriormente. Ni qué decir de los indios colgados, con “su trozo de lengua al aire, la cabeza colgante y las piernas largas y flacas”, quienes no tuvieron voz vivos y menos muertos, pues les ha sido cortada la lengua de tajo con una cuerda.

Al observar con mayor detenimiento la relación que existe entre los argumentos difamatorios contra los indios, la personalidad de éstos y de sus detractores (de la cual nos informa el narrador), y la situación concreta desde la cual aquéllos son proferidos, se nos revela que contra ese discurso “explícito” que repudia al indio hay un discurso que habla de la importancia histórica y cultural de los indios y de la falacia de su negación. Las palabras de total incompreensión de los mestizos ante el indio y lo indígena, están ironizadas cuando las relacionamos con el carácter y la situación de quienes actúan de ese modo. Así, por ejemplo, la madre del terrateniente que cotidianamente sacrifica a los indios agraristas, doña Lola Goríbar, es una mujer autoritaria, tacaña y desconfiada; es una madre que justifica los crímenes de su hijo y que se atreve a decir indignada que su hijo paga y “los indios no trabajan” (p. 67). Esto es una abierta ironía que vuelve las palabras de doña Lola no sólo absurdas, sino ridículas, toda vez que quienes no trabajan, quienes parasitan, en realidad son ella y su hijo dedicados, una, a contar el dinero que obtiene en la usura, y el otro, a poseer mayores extensiones de tierra gracias al despojo de los indios.

El relamido y cursi poetastro del pueblo, Tomás Segovia, poseedor de una retórica huera de cepa decimonónica, afirma en

una fracasada reunión con sus coterráneos: “Los romanos tampoco tenían la concepción ridícula de la piedad y menos frente a los vencidos, y los indios son los vencidos” (p. 69). Su observación es real en cuanto a reconocer que los indios son los vencidos; pero el desprecio que muestra cuando los ubica como reaccionarios radicales, siendo él mismo un vencido, un poeta sin laurel ninguno, hace que sus juicios carezcan de peso real. Líneas más arriba, Segovia se ha identificado con las tareas de su propio verdugo, Francisco Rosas, quien está “ocupado en ahorcar agraristas en lugar de sentarse en el corredor de una casa mediocre a decir palabras inútiles” (p. 69). Además, acota el narrador que, al afirmar esto, “en la voz de Segovia había una ambigüedad”, la misma ambigüedad que proviene de ubicarse como “víctima y victimario”, como “juez y parte”.

Al conocer el lector cómo son y cómo se comportan el indio agrarista y el terrateniente, qué dicen o dejan de decir al colocarse frente a frente, el narrador necesariamente se inclina del lado del indio. Si bien los pueblerinos dicen a ronco pecho que los indios son traidores, los hechos muestran lo contrario. Rodolfito Goríbar es en realidad un cobarde que se agazapa detrás de sus relaciones con los militares y en la fuerza de sus pistoleros para obtener tierras, a diferencia del líder agrarista, Ignacio, quien parece contar sólo con la fuerza de sus palabras:

En efecto, después de cada viaje, Rodolfo, ayudado por sus pistoleros traídos de Tabasco, movía las mojoneras que limitaban su hacienda y ganaba peones, chozas y tierras gratuitas. Bajo uno de los almendros del atrio, esperando la misa de siete, estaba Ignacio, el hermano de Agustina la panadera. Observó largo rato al hijo de doña Lola: luego se acercó cortésmente a él y le pidió un aparte. Se decía que Ignacio era un agrarista. La verdad era que había militado en las filas de Zapata y que ahora llevaba la vida descalza de cualquier campesino. Sus pantalones de manta y su sombrero de palma estaban comidos por el sol y el uso (p. 66).

En una especie de continuos actos de contrición, algunos miembros de la sociedad ixtepecana –en voz del narrador–

conocen los agravios infligidos a los indios, las injusticias, la crueldad que sobre ellos se cierne todos los días. Pero esta *mea culpa* proviene de la propia condición desventajosa de quienes la sienten. Pareciera que en momentos excepcionales, cuando la tensión, la violencia y su propia depresión los avasallan, se vuelven susceptibles, sensibles para ver y oír aquello que a pesar de ser cotidiano, familiar, no habían tomado en cuenta. La derrota y el sufrimiento psicológico que padecen, rompen en algún momento la dura coraza de la indiferencia.

Por la mañana las criadas llevaron la noticia: en el manglar de las trancas de Cocula había cinco hombres colgados y entre ellos estaba Ignacio, el hermano de Agustina la panadera. La mujer andaba gestionando que le permitieran bajar el cuerpo de su hermano y todos nos habíamos quedado sin bizcochos.

—¡Pobres hombres, tal vez no quisieron entregar sus tierras!... —explicó doña Matilde al extranjero sin querer decir lo que pensaba. Esta vez se trataba de culpar a uno de sus amigos y la señora prefería guardar silencio. Estaba avergonzada. Felipe Hurtado no supo qué decir. Desde su llegada era la primera vez que había muertos en Ixtepec. Miró la mesa tendida para el desayuno, se sirvió una taza de café caliente y trató de sonreír. La señora no hizo más comentarios.

—¡Es Julia!... Ella tiene la culpa de todo lo que nos pasa... ¿Hasta cuándo se saciará esta mujer?... ¡Pues no desayuno! —gritó doña Elvira y empujó con violencia la cafetera que Inés acababa de poner sobre la mesa. Conchita se sirvió su café y miró de frente a su madre. ¿Cómo podía enojarse porque no había bizcochos cuando el pobre Ignacio estaba colgado, al sol, muerto y tristísimo después de haber pasado una vida aún más triste? Desde niña lo había visto atravesar el pueblo descalzo y vestido con sus ropas de manta viejas y remendadas. ¿Cuántas veces le había hablado? Le pareció oír su voz: “Buenos días, niña Conchita” y sintió que iba a llorar.

—Si lloras yo también lloro —amenazó doña Elvira adivinando las lágrimas ocultas de su hija y con disimulo se sirvió una taza de café y la bebió despacio, perdida en unos pensamientos que por primera vez la asaltaban. “¡Pobre Ignacio! ¡Pobres indios! ¡Tal vez no son tan malos como creemos!” Y la madre y la hija quedaron frente a

frente sin saber qué decirse. Las esperaba un día largo y pesado, uno de esos días, tan frecuentes en Ixtepec, poblados de muertes y de augurios siniestros (p. 81).

Al revelárseles por primera vez la terrible ignominia que pesa sobre los indios, su actitud ante éstos no cambia en realidad, sólo se trata de un sacudimiento instantáneo y pasajero que no tendrá consecuencias trascendentes. Su culpa es la culpa “cristiana” de quienes son cómplices callados de la ignominia, y no aquella que proviene de un profundo acto de conciencia.

Hay una especie de reconocimiento tácito e imprescindible aunque negativo de la existencia del indio (el indio martirizado y crucificado, esto es, del indio muerto). Es una existencia respecto a la cual no debiera hacerse mucho énfasis, de la misma manera como se procede frente a esa entidad desconocida, esa realidad hermética que está fuera del alcance de nuestra suspicacia y que no encaja en nuestros moldes, esa otredad que quisiéramos dejar de lado porque siempre nos incomoda y avergüenza, pues pone en cuestión nuestros valores y nos hace enfrentarnos a nuestro drama existencial.

Así, cuando la vieja Dorotea observa los cuerpos de los indios que han sido colgados por los militares como castigo y como escarmiento, algo muy profundo se le remueve. Reconoce que el orden al cual pertenecen los indios es distinto y superior al que rige su existencia.

—¡Dios los tenga en su Santa Gloria! —agregaba mirando a los ahorcados, descalzos y vestidos de manta, que parecían indiferentes a la piedad de Dorotea. “De los humildes será el reino de los Cielos” recordaba la vieja, y la Gloria resplandeciente de rayos de oro y nubes blanquísimas aparecía ante sus ojos. Bastaba extender la mano para tocar ese momento intacto. Pero Dorotea se guardaba de hacer el ademán; sabía que una fracción mínima de tiempo contenía el abismo enorme de sus pecados y la separaba del presente eterno. Los indios colgados obedecían a un orden perfecto y

estaban ya dentro del tiempo que ella nunca alcanzaría. “Están allí por pobres”. Vio sus palabras desprenderse de su lengua y llegar hasta los pies de los ahorcados sin tocarlos. Su muerte nunca sería como la de ellos. “No todos los hombres alcanzan la perfección de morir; hay muertos y hay cadáveres, y yo seré un cadáver”, se dijo con tristeza; el muerto era un yo descalzo, un acto puro que alcanza el orden de la Gloria; el cadáver vive alimentado por las herencias, las usuras y las rentas (p. 14).

E. Posición de la novela

Si bien no podemos hablar de una crítica social consistente en la novela, sí es posible vislumbrar intentos por desenmascarar, por exhibir la doble moral que –como en el caso de las mujeres– rige el comportamiento del “blanco” y del “mestizo” respecto a los indígenas. Así, el “castigo ejemplar” de Ignacio y de Sebastián, de los indios cotidianamente colgados, se vuelven flagrantes violaciones a sus derechos, se transforman en injusticias atroces, inmoralidades disfrazadas de “grandes axiomas” como aquel de la Ley del Más Fuerte, como la defensa de una “rectitud”, una “honorabilidad” y, sobre todo, una “racionalidad” casi sagradas.

La novela de Garro pareciera decirnos que, al representar la situación de los indios en un texto literario, no es necesario recurrir al discurso indigenista para convencer al lector, no es preciso imponer ese discurso abiertamente reivindicador que parasita la mayoría de las novelas que tratan o tocan el drama del indio. Es mejor ser sensibles para escuchar las vocecillas aplastadas, casi inaudibles de los indios asesinados y martirizados, y contrastarlas con el discurso racista, no sólo explícito sino implícito que predomina en la sociedad mexicana actual. Es necesario hacer conciencia de las huellas que la cultura ha dejado en nuestra vida cotidiana, huellas que la mayoría de las veces pasan inadvertidas al hombre de las ciudades.

Así, más que descripciones largas y minuciosas, a través de unos cuantos ejemplos significativos salpicados en la narra-

ción, encontramos en la novela de Garro la sugestiva recreación de todo un ambiente psicológico y emotivo, que alude a otros modos de ver el mundo y los hombres; a otra lógica, que podríamos identificar quizá como propia de los indios.

No se trata –parece decirnos la novela– de informar sobre lo consabido, no se trata de repetir los lugares comunes literarios respecto a la realidad indígena. Más bien se trata de representar cómo actúan en nosotros aquellos juicios de valor, esos prejuicios, ya históricos, bajo cuya sombra actuamos y pensamos. Se trata no tanto de provocar una crisis de conciencia, sino de hacer que sea más profunda y dolorosa la culpa por no querer ver y reconocer al otro. En ese sentido parece haber una velada recriminación a una llamada “civilización” que paradójicamente ha des-civilizado a los mexicanos, que los ha dejado desnudos de principios y de valores culturales.

Entre comentarios ora jocosos ora indignados sobre los indios, entre las frases condenatorias y desvalorizadoras hay un deseo soterrado de rescatar algo de esa vergüenza, de esa culpa por haber perdido esa otredad cultural a la cual hemos renunciado consciente o inconscientemente.

En ese sentido, la novela de Garro, al describir de manera cruda la situación del indio, amén de referir una serie de datos antropológicos (lugar donde viven, cómo visten, sus rasgos físicos, algo de sus costumbres y vida cotidiana y económica –fiesta y mercado– antes y después de la Revolución), hace énfasis en la falta de conocimiento que los “mestizos” tenemos del vasto sistema de imágenes, valores y creencias de los indios (su actividad psicológica, espiritual, ética). Y es que, a pesar de ser los dueños originales y verdaderos de estas tierras, a pesar de que siempre han estado ahí, no son dueños de su palabra ni protagonistas de sus actos. Por ende, el lector no ve a los indios en la novela como sujetos, como seres con voluntad y capacidad propias que hacen la historia, aunque su significación como antecedente y referente cultural e histórico esté presupuesto, y su valor simbólico no esté cuestionado.

Lo que Elena Garro logra con todo ello, y a través de un excelente manejo retórico, es que el lector se desacomode intelectual y espiritualmente, que dude de sus certezas, que —a través de la risa y el sarcasmo— sienta un profundo malestar ético y moral, no tanto por los indios, sino por sus propias actitudes, por su propia conducta de “mestizo”. Y es que frente a los alardes de una sociedad “moderna” como la nuestra, de una cultura “orgullosamente mestiza”, la realidad de nuestra intolerancia y de nuestro monologismo resulta evidente.

Si hay alguna lección que aprender de *Los recuerdos del porvenir* es precisamente la tolerancia cultural, la tolerancia religiosa, la tolerancia social, la tolerancia que se basa en algo muy simple: saber guardar silencio para poder escuchar.